

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

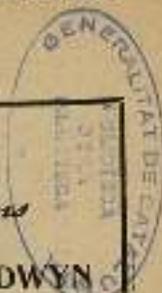
DE

LA NOVELA METRO - GOLDWYN



LA VENUS
DE VENEZIA

POR
Antonio Moreno
Constance Talmadge
50 CTS.



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA METRO-GOLDWYN

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

LA VENUS DE VENECIA

(VENUS OF VENICE, 1927)

Deliciosa comedia interpretada por los populares artistas

Constance Talmadge y Antonio Moreno



Es una producción de la famosa marca

FIRST NATIONAL

Distribuida por

Metro-Goldwyn Corporation

Balneario, 220 - BARCELONA

Prohibida la reproducción
sin el consentimiento
por la censura gubernativa.

Imprenta J. HORTA, Canses, 719 - Barcelona

LA VENUS DE VENECIA

Argumento de la película

Un día del mes de junio se celebraba en Venecia un casamiento entre dos jóvenes de la más alta sociedad. Repicaban las campanas extendiendo su sinfonía de gloria sobre la ciudad de los azules canales. Un acompañamiento numeroso y distinguido llenaba las amplias naves del templo.

Muchos pasantes se habían acercado a presenciar la ceremonia con esa curiosidad gentil que inspira el más hermoso acto de la vida. Entre ellos se hallaba Carlota, una muchacha de los barrios bajos, reina de los canales, una criatura rubia a quien conocían algunos por la Venus de Venecia.

Carlota era hija de padres desconocidos y la gente ignoraba realmente su profesión. Pero se sospechaba que su vivir no era muy conforme con los dictados de la ley y que en algunos robos efectuados ella tuvo algo que ver.

Carlota parecía servir de lazarillo al ciego Marco que nunca la perdía de vista.

En realidad la ceguera de Marco no existía, tratándose únicamente de un ardid para engañar a los incautos. Marco era jefe de una importante organización de ladrones.

—Una linda boda, Marco — dijo en el templo, a su compañero.

Y quedó sonriente con el aire de una niña ingenua que se conmueve ante la dicha de los demás.

Cuando terminó la boda y los novios se dirigieron a la calle a los acordes de una marcha nupcial, Carlota sonrió más y más al ver pasar la linda novia del brazo de su marido.

La recién casada se fijó en aquella criatura humilde que llevaba del brazo a un ciego y, conmovida por la miseria que pare-

cía llevar a Carlota, dijo a su marido y a sus padres:

—Hagamos que esta pobre muchacha comparta un poco nuestra felicidad. Dadle algo.

Carlota, la Venus veneciana, sonriendo alegremente, no quitaba los ojos de una perla que brillaba en la corbata del novio.

El padre de la novia llamó a su lado a Carlota y le dió unos billetes de su cartera. Carlota pareció murmurar algo, plena de emoción y se dejó caer como desvanecida en los brazos de su respetable protector.

—¡Pobrecita! — dijo la novia.

Carlota estuvo un momento sin sentido, pero pronto volvió en sí.

—Acompáñala junto al ciego — dijo la casadita a su marido.

Este la llevó hasta donde había quedado Marco, ajeno, al parecer, a todo aquel incidente.

La muchacha lloraba de supuesta emoción al verse tan generosamente premiada. ¡Las buenas gentes!

Y dando el brazo a Marco desapareció rápidamente de allí.

Ya un poco alejados de la comitiva, cuando apenas habían dado unos pasos, Marco dijo a su compañera:

—¿Lo agarraste todo, prendedor, reloj, cartera?

—Todo, Marco.

Y le mostró un alfiler de corbata, dos relojes, dos carteras.

—¡Magnífico!

El se guardó aquellas prendas que habían constituido un buen y provechoso golpe.

De pronto, cuando la comitiva nupcial reanudaba la marcha, el novio se dió cuenta de que le habían robado.

—¿Mi alfiler, mi reloj, mi cartera!—gritó.

—¿Mi reloj, mi cartera! —añadió el padre de la novia tanteando nerviosamente sus bolsillos.

—¡Ah, diablo! ¡Esos mendigos, ellos son los ladrones! ¡Esa muchacha nos acaba de robar!

Acudieron unos guardias y viendo a Car-

lota y a Marco que huían, corrieron en su persecución.

—¡Atiza! ¡Nos han descubierto! —gritó Marco—. ¡Separémonos!

Y el supuesto ciego echó velozmente a correr, mientras Carlota puso también pies en polvorosa y al llegar a un puente sobre el canal saltó a una góndola que avanzaba lentamente.

Marco desapareció de la vista de sus perseguidores, y los "carabinieri", mandados por un sargento, subieron a otra góndola para proceder a la detención de Carlota.

Conocían bien a Marco y a ella. Eran gente de la peor calaña a la que había que castigar.

Carlota se había presentado ante un joven que ocupaba indolentemente la góndola.

El muchacho, que parecía extranjero, dejó prestamente el libro que leía para mirar aquella aparición.

—¿Quién es usted? —le dijo.

—¡Ocúlteme, por favor! ¡Unos hombres me persiguen para quitarme mis joyas!

Viendo el estado de agitación de la muchacha, le preguntó:

—Y ¿por qué no avisa usted a la policía?

—Lo haría si no fuera ella precisamente quien me persigue.

Y le señaló otra embarcación que iba a gran velocidad hacia su encuentro.

El joven al que pedía auxilio Carlota era un rico americano llamado Alfredo Wilson que llevaba una temporada en Italia dedicado al dulce descanso.

Sonrió al ver el rostro lindo y bello de aquella mujer asustada. ¡Cuánta una ladrona! ¡Bien! Su deber era entregarla a la justicia, pero la hermosura de ella y la simpatía que parecía irradiar su persona, le conmovieron.

—¡Ocúltese usted aquí!

—¡Gracias, señor!

Carlota se escondió bajo la toldilla de la góndola.

Pocos momentos después, una góndola con los "carabinieri" atracaba junto a la del americano.

—Permitanos registrar su góndola, señor

—dijo el sargento, saltando a la embarcación con sus hombres—. Perseguimos a la banda más astuta de Venecia. Nos parece que aquí se ha ocultado una mujer.

—Sin duda han sufrido ustedes una confusión, señores. En esta góndola no se esconde nadie.

—De todos modos, registraremos.

Era inútil la resistencia. Lo comprendió Alfredo. El sargento recorrió las cortinillas de la góndola creyendo encontrar allí a la mujer, pero el departamento estaba vacío.

Alfredo sonrió. ¿Dónde estaría la chica? Menos mal que no la habían descubierto.

Y es que Carlota al comprender el peligro, había saltado de la barca, zambulléndose en el canal.

Mientras los guardias registraban inútilmente la góndola del americano, Carlota llevada de una de sus ocurrentes travessuras, se acercó a la lancha vacía de los "carabinieri" y arrancó un tapón de su fondo, dejando paso libre al agua.

Luego volvió a sumergirse esperando el momento de aparecer.

El sargento y sus hombres se retiraron.

—Usted perdone, señor... Suponíamos que se había ocultado aquí.

Y volvieron a saltar a su embarcación, mientras Alfredo Wilson se arrellanaba en su asiento, reanudando la marcha.

Minutos después, la góndola que conducía a los guardias, se hundía a causa del agua entrada por el agujero de su fondo.

El sargento y sus hombres tomaron un baño frío y gratuito.

Alfredo había llegado a la orilla. Al desembarcar se sintió el rostro salpicado de agua y se volvió rápidamente.

Metidita en el canal con las manos apoyadas contra uno de los costados de la góndola, vió a Carlota, la linda mujer.

—¿Usted de nuevo? — le dijo—. Me interesa usted... Suba y hablaremos. Es usted una mujer singular.

—Imposible, señor. Aquí no estoy segura.

—¿Pero al menos nos volveremos a ver?

—Tal vez sí...

Y después de sonreírle cariñosamente y reflejar sus hermosos ojos claros una sonrisa

de agradecimiento, desapareció bajo el agua con la perfección de una maravillosa nadadora.

En vano él la llamó. ¿Cualquiera averiguaba dónde estaba! Carlota, por el fondo del canal, se dirigía al tugurio de Marco, lugar infecto, situado en una de las orillas.

**

Algunas horas más tarde, Alfredo Wilson comía en la terraza de un restorán acompañado de Gilberto Percell, un hombre rico, interesado en empresas financieras y... amorosas.

Alfredo, con el entusiasmo de la mocedad, explicaba a Percell, hombre que comenzaba a estar en el otoño de su vida, su aventura.

—Acabo de separarme de la muchacha más interesante que he conocido en mi vida... Perseguida por la policía se dejó caer de un puente en mi góndola, ¡Una muchacha de pelo rubio!

Percell se echó a reír.

—Ya conozco el procedimiento — le respondió—. La mujer se llama Carlota y yo la conocía en circunstancias parecidas.

—¡Hombre, qué curioso! — dijo Alfre-



...después de sonreírle cariñosamente...

do—. ¡Y cuidado que la muchacha es encantadora!

E hizo un gran elogio de ella, dirigiéndose por igual a su amigo Percell y a otro caballero que ocupaba una contigua mesa

y que comía un gran plato de macarrones.

—Pues esa muchacha conoce admirablemente todos los canales y sus mil escondrijos — siguió diciendo Percell—. Pero es... una ladrona. Una chica muy inteligente que sólo necesita para regenerarse de una mano que la ayude...

Yo seré esta mano... Voy a registrar todos los rincones de los canales y no he de parar hasta que encuentre a Carlota o coja una pulmonía.

Y siguió ponderando su entusiasmo, remojando su alegría con buen vino de Italia que un camarero le brindara con fruición.

Llegó la hora de pagar la cuenta. Alfredo quiso abonarla y vió, con la mayor sorpresa, que había desaparecido su cartera.

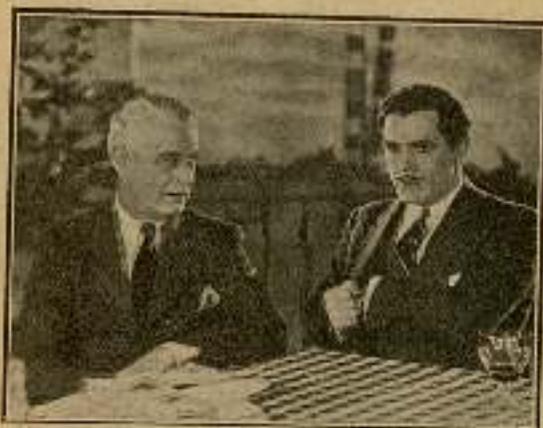
—¡Demonio! ¡Me han robado!

Alfredo no salía de su asombro. ¿Cómo le habían despojado de su cartera sin que él notara el más ligero roce?

—¡No se lo dije? — exclamó Percell—. La conozco demasiado. Carlota le quitó a

usted el dinero. Esa muchacha le roba al más listo los calcetines sin quitarle los zapatos.

—Esa Carlota es habíllsima — dijo con



—¡Me han robado!

una sonrisa burlona al hombre que había devorado los macarrones.

—Parece mentira! ¡Robarme a mí que la di amparo! — murmuró Alfredo—. ¡Y, sin embargo, esa mujer no parece mala!

Percell abonó la cuenta y luego dijo a su compañero:

—Si esa muchacha tanto le ha interesado, ¿por qué no le ofrece usted la oportunidad de reformarse?

—Lo haría... pero me temo no encontraría. Venecia oculta tantos rincones...

Hace un momento se mostraba usted más optimista. Pero yo conozco de tiempo a esa mujer — agregó—. Si usted quiere, un aviso que yo le dicte será suficiente para que la vuelva usted a ver...

—Sea, dígame usted...

Percell le dictó estas líneas:

"La joven que cayó en la góndola de un caballero, ¿querrá volverle a ver esta noche? Objeto, reformas. No se harán preguntas. Dirigirse Palacete Wilson, Canaletto Primo".

—Bien — dijo Percell—. Estoy seguro de que esta misma noche la tendrá en su casa.

Y se despidió de él para dar curso a la misiva.

Unas horas más tarde, en la barraca de

Marco se comentaba el aviso enviado a Carlota. Además del supuesto ciego y de la mujer, se encontraban otros individuos de repulsiva calaña.

—Esta es la oportunidad que necesitamos — decía Marco—. El americano posee una riquísima colección de alhajas, y estando tú dentro de la casa... la cosa será fácil.

Al principio ella se negó, lo que excitó brutalmente las iras de Marco, quien blandiendo un garrote, quiso pegar a su compañera.

Uno de los aliados amenazó a Marco con un revólver:

—Déjala en paz. ¿Por qué has de maltratarla? La banda necesita de ella.

—Pues que cumpla mis órdenes sin vacilación...

—Ya lo haré — gritó Carlota—, pero no me da la gana de que me mandes con ese imperio. Tú no eres nada para mí, ¿entiendes? No tienes ninguna autoridad. Pues no faltaba más.

Así era ciertamente. Carlota, aunque

otra cosa podía creerse, jamás había dado la menor esperanza de amor a Marco. Eran simples compañeros afiliados a un interés común.

Renació la calma y se acordó lo que debía hacerse para robar al americano.

Una hora más tarde, Marco y ella se encontraban ante la puerta del palacete Wilson. Ella se resistía todavía a ir allí, con una extraña vergüenza de presentarse ante su protector, pero Marco la ordenó llamar.

Después, el "ciego" desapareció en las sombras de la noche, aguardando sin embargo, no lejos de allí, el resultado de la entrevista.

Alfredo, que se encontraba examinando unas armas de fuego acompañado de su mayordomo, preguntó por la mirilla y al ver a Carlota abrió alegremente la puerta.

—Pase usted, adelante...

Timidamente la muchacha fué avanzando y de pronto retrocedió al ver a un hombre que la apuntaba con un fusil.

Riendo, Alfredo la detuvo.

—No se asuste. Es mi criado y estábamos probando unas armas. Entre.

Ya más tranquila, Carlota, que no comprendía por qué motivo aquel joven la había llamado a su hogar, le miró suavemente. A pesar del robo de la cartera y de que era preciso robarle aún más, sentía cierto agradecimiento por aquel desinteresado protector.

—Tengo tanta confianza en usted — le dijo Alfredo, con noble deseo de regenerar su alma de mujer—, que hasta le doy la llave. Puede usted entrar y salir a su antojo.

Y se la ofreció.

—Pero... ¿por qué me mandó llamar? ¿Qué he de hacer yo aquí?

—Tengo pensado emplearla a usted como guía e intérprete, cuando busque nuevas adquisiciones para mis galerías de arte. En una palabra, me he propuesto hacer de usted una mujer digna, nueva, diferente de lo que ha sido hasta hoy. ¿No me lo agradece?

Ella rió pareciéndole absurda aquella

idea. ¡Cambiar ella de vida! Aquel pobre hombre estaba demente. ¡Si Carlota llevaba en la sangre el veneno del mal!...

Sonó el picaporte y Alfredo, que no quería visitas aquella noche, ordenó a su mayordomo.

—No estoy en casa. ¿entendido? especialmente para Percell.

El criado, por la mirilla descubrió el rostro de Gilberto Percell. Y como era el mayordomo hombre de poca sal en la molera, le gritó:

—Dice el señor que no esté en casa, especialmente para usted.

Y Percell, sonriente, se marchó, no pudiendo ver satisfecha su curiosidad.

Carlota se encontraba en el salón-biblioteca. Durante un momento quedó sola, pues Alfredo había salido.

Al verse sola, el pensamiento del mal surgió en ella con intensidad. Era necesario aprovechar aquel momento. Abrió la ventana y la volvió a cerrar prestamente. Sabía que Marco estaba aguardando en la calle el momento de que le diera las joyas.

Carlota viendo un labrado armario, lo abrió y en brevísimos instantes, con la perfección de una maestra, se guardó en el bolsillo y en el escote la magnífica colección de alhajas.

No había terminado de efectuar la operación, cuando volvió Alfredo que había espiado el robo.

Acercándose cariñosamente, pensando que para redimir un alma es mejor la miel que la hiel, puso sus manos en los hombros de ella y comenzó a sacudirla.

—Tendría que sacudirla a usted como una niña — exclamó, riendo.

Y ante aquel movimiento de las ropas, comenzaron a caer al suelo los objetos de que ella se había apoderado.

Roja de vergüenza, Carlota bajó los ojos.

Los objetos no acababan. Era una lluvia de bonitas cosas.

—Me he equivocado — siguió diciendo él—. Tendría que sacudirla a usted como una alfombra... Vamos, ¿por qué hace usted eso? Yo que deseo hacer de usted la mujer buena entre las buenas!

Ella, silenciosa, se apartó un trecho, y luego dijo con voz sollozante:

—Perdone, señor... Pero, ¿qué oportunidad he tenido yo, acaso, para ser buena?



—¿...qué oportunidad he tenido yo, acaso, para ser buena?

Nací en un circo ambulante y he estado esclavizada por ese bruto de Marco, ese supuesto ciego, desde que tuve la desgracia de conocerle.

Riendo, Alfredo se dirigió a una mesita y escribió algo en las hojas de un calendario.

—Pues de ahora en adelante — le dijo—, tiene usted la oportunidad que le ha faltado hasta hoy.

Alfredo se hallaba en aquel momento de espaldas. La muchacha vió sobre una mesa, al alcance de su mano, una rica pitillera de plata. Dudó unos instantes, la fuerza de la costumbre la obligaba a apoderarse de aquel objeto de valor, mas las anteriores recomendaciones la contenían. Finalmente pudo más el mal y guardó en su vestido la petaca.

Alfredo vigilaba. Por un espejo de bolsillo había visto la acción de la muchacha y sonrió tristemente; ¡Cuán arraigado estaba el vicio en el corazón de aquella mujer!

Volvió junto a ella, sonriente, ignorando, al parecer, lo ocurrido.

—Espero que será usted dichosa a mi lado y olvidará el camino antiguo — dijo.

Luego, como viese que ella tenía puestos

los ojos en un retrato de mujer, lo cogió y dijo:

—Se trata de mi novia. Está en Nueva York, actualmente. Es bonita, ¿verdad?

—Sí, señor...

El joven abrió una puerta cercana y agregó:

—Este cuarto es para usted. Espero que le guste.

Iba Carlota a entrar en la habitación, cuando él, siempre sonriendo, preguntó:

—¿Usted fuma?

—¡Yo... no...! — contestó, turbada.

—Entonces no necesita mis cigarrillos...

—Oh, perdone, perdone...

Y le devolvió, temblorosa, la petaca.

El cogió los cigarrillos, los guardó y le dijo:

—Puede usted quedarse con la pitillera, si le gusta. Se la regalo.

Y poniéndola en sus manos, Alfredo abandonó la estancia.

Al quedar sola, ella dudó un momento como si en su conciencia se debatieran dos fuerzas contradictorias. Pero finalmente

trunfó de nuevo el mal y escribió en un papel:

"Esta noche, a las doce".

Lo arrugó, y salió, procurando no hacer ruido, a una silenciosa terraza que daba a la calle.

Marco estaba abajo, aguardando. Ella le tiró el mensaje que el suntuoso ciego leyó haciendo luego una seña con la cabeza. A las doce, ¡eh! ¡Sin falta!

Carlota cerró cuidadosamente el balcón retirándose al cuarto destinado para ella.

Pasó una hora. De pronto, las campanas de un reloj lejano anunciaron la media noche.

Sigilosamente, Carlota salió de la estancia hacia el repujado armario donde antes había Alfredo vuelto a guardar las joyas.

Llegó a él, abrió la caja, guardóse febrilmente los objetos de valor.

Pero Alfredo vigilaba, sabía que el alma es flaca y que aquella mujer era todavía una esclava de la perversidad.

Escondido, contemplaba el avance de la joven. Esta, repentinamente, se volvió asus-

tada; había tropezado con un maniquí que cayó detrás de ella, produciéndole el efecto de que alguien la sorprendía.

Tranquilizada, continuó luego su camino. Tenía ya en su poder las joyas. Iba a partir para reunirse con Marco y entregarle el botín.

Cuando ya estaba cerca de la puerta, un hombre apareció ante ella: era Alfredo Wilson con su eterna sonrisa bondadosa.

—¿Cómo? — dijo, alegremente—. ¿Cree usted que es correcto marcharse sin siquiera decirme adiós?

Y había tanto cariño en aquellas palabras que Carlota sintió por primera vez honda tristeza por haberse apoderado de lo ajeno.

—¡Oh, señor Wilson... yo... yo...!

—¿Por qué se va? — le dijo—. ¿Es que usted no tiene enmienda, Carlota? ¡Siempre ha de ser la misma!

—¡Oh! — murmuró ella, afligida—. No quería robar, pero tuve que hacerlo. Marco está ahí fuera.

—¿Y por ese hombre usted quiere labrar

su ruina? No le tenga miedo. Yo la protejo a usted.

—Es que me espera en la calle...

—Verá como acabo con él.

Fué a abrir la puerta, dispuesto a castigar enérgicamente al hombre que dominaba a Carlota.

—Por favor, no salga — dijo la mujer —, ese hombre es capaz de todo...

—No quiero dejar a usted abandonada en sus manos.

Salió, Marco, que espiaba, al verle, lanzóse sobre él y en el atrio de la casa se inició una lucha terrible entre los dos hombres, interviniendo Carlota a favor del americano.

Peró la reyerta no duró mucho. Marco dió un terrible garrótazo a la cabeza de Alfredo y huyó precipitadamente, temeroso de que el rumor de la lucha atrajera gente y peligrase su libertad.

¿Cómo había podido fracasar aquel golpe? ¿Y la maldita Carlota poniéndose contra él? ¡Ah, las mujeres!

Carlota recogió a su amigo que se ha-

bia desvanecido y le entró nuevamente en la biblioteca. Sentándole en un diván, dióle de beber una gran cantidad de licor a fin de que volviera en sí.



...se había desvanecido...

El muchacho, aturdido, no despertó aún. Carlota, emocionada, volvió a su sitio los objetos robados sintiendo el aguijón del remordimiento. Aquellas joyas le producían

añura extraño terror y deseaba desprenderse de su contacto.

Alfredo pareció despertar y ella volvió a llenar un amplio vaso de licor. Pareció re-



Alfredo pareció despertar...

sistirse el muchacho a aquella bebida fuerte que le quemaba la garganta, pero Carlota insistió, convencida de que todas las dolencias del mundo se curaban prodigando mucho el vino.

En pocos instantes había él apurado toda una botella y el resultado fué que Alfredo quedó dormido víctima de una fuerte embriaguez, sobre un diván.

Ella se durmió en el suelo, sobre una alfombra. Sentía una extraña tranquilidad de espíritu.

Pasaron las horas...

Alfredo agitóse, dió una vuelta en el diván, cayó al suelo y quedó dormido junto a Carlota.

Y los dos, muy juntos, invadidos por sueño profundo, pasaron las horas de la noche.



La novia de Alfredo, una preciosa muchacha llamada Nadia, no quiso dejar solo a su prometido en la ciudad del amor y le preparó una sorpresa inesperada.

Acababa de llegar a Venecia, acompaña-

dá de su madre, hospedándose en un gran hotel de la ciudad.

Pero aquella mañana al salir del hotel, lo primero que hizo fué dirigirse a la quinta donde habitaba su prometido.

Llamó, radiante de dicha, pensando en el momento de ver a su querido Alfredo, y el mayordomo al franquearle la puerta, le dijo:

—El señor Wilson no ha pedido su baño todavía, señorita. ¿Quiere usted esperarlo en la biblioteca?

—Bien, pero no le diga a usted que yo estoy aquí, quiero darle una sorpresa.

El mayordomo, ignorando todo lo ocurrido aquella noche introdujo a la linda visitante en la biblioteca.

Descorrió las cortinas y un espectáculo inaudito se presentó ante los ojos de él y de la mujer.

Tendidos en tierra, durmiendo, se hallaban Alfredo y una muchacha, desconocida para ellos. Permanecían uno al lado del otro, y la joven acariciaba, en sueños, el rostro del americano.

—¡Qué infamia! — gritó Nadia sin salir de su asombro — ¡Qué indignidad!

Al oír aquellas palabras despertó Carlota y casi instantáneamente Alfredo Wilson.

Restregóse él un instante los ojos y vió ante sí la figura delicada de su novia.

Nadia había olido el tapón de una botella de licor y al ver que Alfredo se levantaba nerviosamente, exclamó:

—Alfredo, deberías avergonzarte de tu conducta. ¿Engañarme de esta manera!

Alfredo comprendió inmediatamente la gravedad de la situación. Vió junto a él a Carlota y se estremeció.

—Nadia — murmuró, aturdido —, las apariencias pueden condenarme, pero yo te juro que no hay nada malo en esto.

—No te excuses. Es inútil. Mi condena es irrevocable.

—¡Nadia, por Dios, yo te explicaré!

—Calla, no mientas... no me convencerás...

Y salió airada, digna, como una mujer ofendida.

—¡Oh, mi mala estrella! — rugió Alfredo.

Y quiso ir detrás de su novia, pero Carlota, con repentinos celos, le impidió el paso:

—¡Déjala estar! No vayas... Ella no te quiere.

—Aparta, aparta...

Nadia había salido al exterior y tocó una campana llamando a una góndola. Inmediatamente una legión de gondoleros se pusieron en carrera para ofrecerle sus servicios.

Nadia sufría, exaltada, frenética... Alfredo, que había podido llegar hasta ella, la volvía a suplicar su perdón. ¿Es que no se iba a convencer de que todo era mentira? ¿Quería pruebas? El se las daría.

Carlota había salido también interponiéndose entre los dos, pensando que aquella mujer quería separarla de Alfredo.

Porque en las horas de aquella noche, en el alma de Carlota, se había operado un cambio. Nunca ningún hombre la había tratado tan bien como el americano. Y la gra-

titud se mezclaba con el amor al arrogante mozo. ¿Y lo iba a perder ahora?

Furioso, Alfredo la encerró por dos veces en la casa... Ella, por fin, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, entró definitivamente en ella. En el recibidor acarició con gesto pícaro la barbilla del asombrado mayordomo.

Mientras tanto, Nadia, sin atender las razones de su novio en quien veía retratado el tipo de la infidelidad, había subido a una góndola, negándose a escuchar sus palabras.

Desesperado, no sabiendo qué determinación tomar, Alfredo volvió a la casa.

—¿Por qué ha hecho usted eso con la señorita Nadia? — preguntó, furioso—. ¿No sabe usted que ella es mi novia?

Riendo, con sarcástica sonrisa, Carlota le mostró el retrato de Nadia que ella había adornado con un largo bigote dibujado con lápiz.

—Mire su señorita "Nadie" — dijo riendo—. Pensé que resultaría favorecida con bigote.

—¡Hemos concluido! ¡No quiero nada con usted!

—¿Cómo? ¿Ahora me deja? Acuérdesse de que usted prometió reformarme — dijo, disgustada.

—Si no hubiera hecho nada malo, no tendría necesidad de reformarse.

Quiso dejarla, comenzando a subir una escalera para dirigirse a su habitación. Quería ir al hotel donde Nadia se hospedaba y cuyo nombre le había dicho ella poco antes de marchar.

—Pero... señor Wilson... no me abandone — suplicó ella—. Usted no tiene ahora derecho a dejarme.

—Le repito que hemos concluido, Carlota. Usted ha sido la causa del disgusto que he tenido con mi novia y no puedo dejar que continúe usted aquí.

—¿Y adónde podré ir yo ahora? — contestó, reviviendo en ella la hembra vulgar—. Desde anoche no he robado nada...

—¡Oh, váyase!

—¿Me obligará usted a reunirme de nuevo a Marco, con ese hombre que me explota? ¡Le creía a usted de mejor corazón.

señor Wilson! ¡Y ahora que yo comenzaba a sentir las micles del arrepentimiento! ¡Qué lástima!

Se acercaba a él, queriendo abrazarle, besarle, sintiendo por su amigo un sentimiento de amor. El pareció conmoverse, sentir compasión por la pobre criatura desvalida, pero se rehizo pronto y gritó:

—No queda otro camino, Carlota, Déjenos marcharnos.

—¡Alfredo, no me deje usted... no quiero que me deje!

—Permitame...

Y apartándola a un lado, entró en su habitación y se arregló precipitadamente.

Quería ir inmediatamente al hotel. Unos momentos después salió a la calle por una puerta excusada, procurando no ser visto. Tocó la campana llamando a una góndola de alquiler.

Subió a ella y se hizo conducir al hotel donde se hospedaba Nadia.

Carlota, que había permanecido furiosa en la biblioteca, salió a su vez, y al ver la góndola que se alejaba, se zambullió de cabe-

za en el canal, dispuesta a seguir a aquel hombre hasta el fin del mundo.

¡Empezaba a quererle... y no se lo dejaría escapar!



Al llegar al hotel, encontróse Alfredo en el hall con Nadia y la madre de ésta.

La señora Ordway, madre de Nadia, tenía un natural mucho menos excitable que su hija.

Nadia le miró disgustada, pero su madre mostróse correcta y amable con su futuro yerno.

Sonrió al estrechar la mano de Alfredo, pareciendo decirle que ya ella había calmado la tempestad del corazón de su hija.

Alfredo explicó, entonces, todo lo ocurri-

do con Carlota, pero expresando firmemente que su corazón pertenecía a Nadia.

—Es una obra de caridad lo que yo he hecho con ella, Nadia — explicaba—. Esa muchacha necesita ayuda de alguien. No tiene amigos, ni dinero, ni siquiera ropa que ponerse. Precisamente acabo de desprenderme de ella, bruscamente. Pero comprendo ahora que haríamos un bien ayudándola a elevarse sobre su actual condición de explotada.

Nadia, que amaba infinitamente a su Alfredo, creyó en la sinceridad de sus palabras y pareció perdonar, olvidando el incidente.

La señora Ordway había marchado antes y ellos siguieron paseando por los salones...

Entretanto, Carlota había seguido el camino de la góndola hasta llegar ante el hotel. Comprendiendo que no la dejarían pasar por la puerta principal, se encaramó por la fachada, trepando por ella como el célebre "hombre mosca". No tenía miedo al

vértigo, se apoyaba en los salientes con pasmosa tranquilidad.

Pronto el inusitado espectáculo atrajo la atención de los pasantes y un numerosísimo grupo de personas comentó la intrepidez de la muchacha. Entre ellas quiso el destino que se encontrara Marco, que estaba furioso contra Carlota por la traición anterior.

Quedó sorprendido al verla, pero viendo acercarse a varios "carabinieri" optó por desaparecer...

Los "carabinieri" reconocieron a Carlota como a la mujer a quien debían echar el guante, y al mando del sargento entraron violentamente en el hotel por la puerta central.

La presencia de la policía causó gran extrañeza en el hotel.

Viendo abierta una ventana del segundo piso, Carlota penetró por su hueco y se encontró en una lujosa y desierta habitación.

No tenía ella otro interés que el de ver a Alfredo pero, ¿cómo se presentaba en el

hotel vestida con su traje misero? Por suerte encontró en el cuarto un abrigo de pieles y un sombrero pequeño.

Colocóse rápidamente estas prendas y vestida de aquella manera, tan lujosa y elegante, salió al corredor.

Junto a la puerta se topó con el sargento y un "carabiniere", que buscaban a Carlota.

Sonriendo, les contempló, contenta de no ser reconocida. Los guardias, sin comprender del truco, explicaron:

—Estamos buscando a la famosa Carlota. Sabemos que está en este hotel.

—¿De veras hay ladrones? — dijo ella, riendo—. Si no tuviera confianza en la habilidad de ustedes, temería por mí.

Y sonriente se alejó, mientras los guardias quedaban mirándola fijamente con una sospecha en los ojos. ¿No tenía cierta semejanza con...?

Fueron lentamente detrás de ella para confirmar o no sus dudas...

Carlota, que se vió perseguida, aceleró el

paso y bajó la escalera, encontrándose en el hall con Gilberto Percell.

Ella, decidida, se le acercó... Conocía bien a Percell, a quien un día le robó la cartera, hazaña que él, generosamente, perdonó.

— ¡Usted! — dijo Percell, asombrado.

— ¡Yo, yo, pero calle, y ayúdeme, por Dios! ¡La policía me persigue!

— ¿Qué? ¿Otra vez? ¡Usted es incorregible!

— ¡Sálveme!

Percell vió a los policías que se acercaban y queriendo salvar a aquella muchacha que, a pesar de sus defectos, le gustaba infinitamente, le dió el brazo y se dirigió con ella al cercano restorán.

Los "carabinieri", creyendo que se trataba de la esposa de Percell, abandonaron sus sospechas.

Alfredo con Nadia y su madre se encontraba comiendo en una de las mesas. Al ver pasar a Percell, acompañado de Carlota, su asombro no tuvo límites. Creyó que el mundo daba vueltas... ¿Qué quería decir aque-

llo? ¿Ella, Carlota, la mujer insignificante, envuelta en pieles, y en el restorán?

Carlota, felina, arrulladora, sonrió al pasar ante él, envolviéndole en una insinuan-



...sonrió al pasar ante él...

te mirada de enamorada. Después con Percell fué a ocupar una mesa contigua y siguió prodigando sus sonrisas al joven. No le convenía presentarse ahora a él; temía el escándalo.

Alfredo se preguntaba a qué obedecía aquello. Nadia pronto se dió cuenta de la presencia de Carlota y dijo a su novio, irónica y enfurecida por los celos:

—¡Pobre muchacha, sin amigos, sin dinero, sin ropas! ¿Verdad?

—Nadia, yo te aseguro... no sé... pero me parece imposible...

—Eres un embustero y yo no aguanto más ese insulto.

Y levantándose, salió furiosa del comedor no queriendo ser testigo de la presencia de Carlota. ¿Por qué le había contado tantos embustes su novio?

En otra mesa, dos señoras amigas discutían mirando a Carlota.

—Ese sombrero es exacto al mío — decía una — y mi modista me aseguró que era un modelo exclusivo.

—¡Qué curioso, y el abrigo es idéntico al que yo tengo! — siguió diciendo.

—No puede una fiarse de las modistas. ¡Cómo mienten!

¡Si hubiesen ellas sabido que aquellas prendas eran propiedad de una de ellas!

Más tarde, Alfredo salió con la madre de Nadia, después de envolver en una mirada despectiva a Carlota.

Percell que había oído la conversación que sostuvieron las dos damas acerca del abrigo y sombrero de Carlota, le dijo a ésta:

—Tú has robado esas prendas, Carlota... No escarmentarás nunca.

—Las tomé prestadas solamente, y las devolveré...

Luego salieron los dos.

En el hall, Alfredo se despedía de la madre de Nadia.

—¿Qué me aconseja usted hacer para contentar a Nadia?

—No hablar del asunto — dijo —. Las mujeres preferimos olvidar a tener que perdonar.

—Bonita plancha me ha hecho hacer Carlota.

La señora Ordway se despidió de su futuro yerno, dirigiéndose a sus habitaciones particulares en busca de Nadia. Era preciso que asistiera la joven al baile de aquella noche en el hotel.

Iba Alfredo a marcharse, cuando vió a Carlota con Percell.

—Según veo — dijo, con una sonrisa terrible — sigue usted el buen camino, y eso hace innecesario el que le pregunte de dónde sacó esas prendas.

—Sólo por usted me las puse — respondió ella.

—Pues podía evitarse el trabajo porque usted no me interesa.

—Lo presumía...

—Percell — le dijo Alfredo a su amigo que había permanecido hasta entonces silencioso—, haga que recoja esa mujer sus cosas si es que se dejó alguna prenda en mi casa. No quiero verla más.

Salió sin volverse a mirar, mientras Carlota le seguía con ojos amorosos.

—Deja esas prendas donde las encontraste y vistete con tus propias ropas — le dijo Percell.

Ella, adoptando grandes precauciones, volvió al cuarto a dejar las prendas y luego marchó con Percell a casa de Alfredo Wilson. Recordaba haber dejado allí unos

chales y su monedero, en su huida precipitada.

Percell era un amigo en la necesidad; y generalmente necesitaba para pasar una noche agradable, la dama, la casa y el vino de los demás.

Aprovechando de que su amigo no comparecía, empezó a beber y a apurar las botellas que el paciente mayordomo descorchaba.

Así pasaron algunas horas...

Solus en la habitación, Percell, que si había perdonado el robo efectuado por Carlota era porque ésta le gustaba, le dijo:

—Quiero que me des un beso...

—No, eso no!

—A la fuerza...

Comenzaron a perseguirse... Ella, asustada, retrocedió hacia la pared e impensadamente sus manos tocaron una de las losetas que cedió a su ligero empuje, abriéndose inmediatamente en el pavimento una abertura cuadrada cuyo fondo se prolongaba como un pozo hasta las aguas del canal.

Percell se encontraba casi al borde de ese

cuadrado' siendo un milagro el que no cayera.

—¿Qué es eso? — dijo Percell, asustado—. ¿Tú conocías ese secreto?

—No... no sé...

—Pero no nos preocupamos de él — dijo Percell, evitando su encuentro—. Esta noche es para nosotros dos, chiquilla...

Y quiso acercarse de nuevo a ella, pero Carlota, al verse perdida, abrió uno de los balcones y se echó tranquilamente de cabeza al canal.

Quedó Percell como quien ve visiones. ¡Diablo de mujer! Era imposible triunfar de ella.



Desorientada, sin saber qué partido tomar, Carlota optó por regresar a casa de Marco.

El supuesto ciego se encontraba hablando con varios amigos y comentando un suelto del periódico.

"Ricos disfraces, joyas deslumbrantes, se harán esta noche en el gran baile de tra-

jes que dará la colonia anglo-americana con motivo de Carnaval".

—Aquí podríamos preparar un buen golpe... — decía Marco.



¿Tú conocías ese secreto?

Al aparecer Carlota, la sorpresa de todos fué inmensa.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí? — le dijo Marco—. ¿Te ha abandonado ya tu rico americano?

Ella calló, lamentando el fin de su aventura con Alfredo.

—Pues ya que has venido, vas a ayudarnos a tomar parte en un golpe de baile de máscaras. Cuando tú trabajes sola, no haces; nada; iremos, pues, juntos.

Le mostró un disfraz para que se lo pusiera, pero ella se negó.

—¿Qué es eso? Tú harás lo que yo diga, ¿entiendes? ¡Y nada más!

Y los ojos amenazadores de Marco hicieron ceder a Carlota, que ya se arrepentía de haber vuelto con él.

Poco después comenzaba el gran baile de trajes en el Hotel Continental. Marco suponía que Wilson asistiría a aquel acontecimiento. Era preciso, pues, robarle la cartera.

La animación en los jardines y salones del hotel era palpitante. Juegos de color laminaban el ambiente. Un hermoso surtidor, cuya taza estaba sostenida por bellas mujeres, constituía un magnífico regalo para los ojos...

Después generalizábase el baile, mientras

otros concurrentes, sentados a las mesas, cenaban.

Marco y Carlota, convenientemente disfrazados, paseaban por los salones.

De pronto, descubrieron cenando en una mesa a Alfredo Wilson acompañado de dos mujeres.

—Tú le quitas la cartera a Wilson — dijo Marco —, mientras yo me encargaré de una de sus compañeras.

—¡No quiero, Marco, no quiero!

—¡Carlota!

Y fué tal su amenaza, que Carlota se dirigió hacia el americano.

Alfredo Wilson que cenaba con Nadia y la madre de ésta, había hecho de nuevo las paces con su novia, en apariencia.

No estaba muy conforme Nadia con el arrepentimiento de Wilson, pero instigada por su madre, disimulaba su enojo.

Se levantaron todos para bailar. En aquel instante, Carlota fué en busca de Alfredo y se perdió con él en el salón, danzando alegremente. Se reconocieron los dos bajo los trajes antifaces. Y el americano no recha-

zó esta vez a su protegida. Algo le atraía hacia aquella mujer cuyo peso gentil sentía



Carlota se dirigió hacia el americano...

sobre su cuerpo. Olvidó las ofensas de pocas horas antes para sentirse seducido por su encanto. Era realmente interesante aque-

lla misteriosa criatura. Quiso saber. Y ella le explicó el incidente del restorán.

Gilberto Percell, que asistía también al baile, se acercó a Nadia para bailar con ella.

Marco bailó a su vez con otra mujer, aunque sin quitar los ojos del precioso collar que Nadie llevaba y, siguiendo, además, con la mirada, el proceder de Carlota que parecía reír mucho con Alfredo. Ah, aquella mujer, ¿es que iba a traicionarle nuevamente?

Carlota adivinaba, fijos en ella los ojos de Marco, invitándola al robo. Pero la joven no se atrevía a robar a aquel hombre. ¡Había hecho tanto por ella! Y se mostraba nuevamente ahora tan bueno...

Los dos salieron al jardín. Ya en él, el americano aturdido por la belleza magnética de aquella criatura, olvidándolo todo, la dio un beso en los labios, y ella se abandonó a la caricia.

Después, recobrando la noción de las cosas, Carlota exclamó:

—Le amenaza un serio peligro, señor Wilson. Marco está allá...

—No se preocupe, Carlota — dijo él, riendo —, yo no la temo a Marco. Bendigo el momento en que usted ha venido aquí... Ahora sí que quiero protegerla de veras.

Volvieron al salón y siguieron danzando.



—Ahora sí que quiero protegerla de veras.

Marco, mientras bailaba, se acercó a la pareja que formaban Nadia y Percell. Involuntariamente, dió un pisotón a la joven, deshaciéndole, sin querer, la cinta del za-

pato; y mientras ella lo arreglaba y se detenía, aprovechóse Marco para desabrochar el hermoso collar de perlas y apoderarse de él rápidamente.

Luego Nadia volvió a bailar con Percell, sin darse cuenta del escamoteo de la joya.

Marco hizo un gesto a Carlota que seguía bailando con el americano.

El ladrón, que había dejado a su pareja, esperó en un rincón de la sala la llegada de su compañera.

Carlota, toda temblorosa, aprovechando uno de los vaivenes del baile, se apartó de Alfredo yendo a reunirse con su explotador.

—¿Qué hay? — preguntó ella.

—Yo no he perdido el tiempo — dijo él —. Mira...

Y le mostró el lujosísimo collar.

—Esto vale una fortuna, ¿entiendes? Ahora te toca robarle la cartera a ese americano. ¡Cuidado, diablo, no me traicionés! Mira que si no te das prisa, yo me las entenderé con Wilson.

Y su mano apareció armada con un largo puñal que iba a usar seguramente.

Carlota le miró con terror. ¿Qué hacer, qué hacer? Se encontraba ante tremendo dilema: volver a robar a Alfredo, o sufrir las consecuencias de Marco.

—¿Por qué te expones a la horca, Marco? — le dijo ella—. ¿No tienes bastante con lo de esta noche?

—Necesito el dinero de él, y pronto.

Carlota le miró con terror y apartóse de él yendo a reunirse con Alfredo que vagaba desorientado.

De pronto, Nadia, mientras bailaba con Percell, descubrió la desaparición del collar.

—Me han robado, me han robado! — gimió.

Aquel collar valía una fortuna. Inmediatamente fué a reunirse con su madre, y denunciaron a los encargados del hotel el robo.

En aquel instante, dos hermosas mujeres aparecidas en un templete, anunciaban que era media noche, el momento de despojarse de las caretas. Quitáronse todos los antifaces.

El anuncio del robo se extendió en el acto, produciendo sensación.

De pronto, Nadia descubrió a su novio acompañado de Carlota y la sospecha mordió en sus labios. Con su madre y Percell se dirigió en dirección a la joven: ¡Ay, aquella mujer! ¡La aventurera sin conciencia, era indudablemente la ladrona!

Percell había visto también a Marco, a quien conocía como al jefe de la banda de ladrones. El supuesto ciego se encontraba junto a Carlota. Y Alfredo Wilson miró sorprendido a Nadia que amenazaba duramente a la muchacha que iba con él.

—¡Es ella... ella... quien tiene mi joya! — decía Nadia, señalando a Carlota.

Alfredo protestó. ¿Estaba loca Nadia? Aquello no era verdad: Carlota no había quitado nada.

—No seas tonto, Alfredo — dijo su amigo Percell—, bien sabemos quien tiene la joya. ¿No están aquí Marco y Carlota, afiliados los dos a la misma banda? Pues ellos son...

Los acusados hacían protestas de inocencia y Alfredo defendía calurosamente a Car-

lota, considerándola incapaz, después del beso que le diera, de haberle traicionado.

Nadia le miraba indignada por la defensa que hacía él de aquella perdida mujer. ¡Una ladrona; no podía llegar a menos su novio!

•Marco se mantenía friamente, negando también su culpabilidad. Se ordenó que le registrasen. Percell y unos agentes se dirigieron a una salita cercana a efectuar la operación y volvieron poco después, descorazonados.

—No encontramos nada — dijo Percell.

Marco sonreía con aire de triunfo.

—Carlota — dijo Percell —, entregue usted esa joya. Usted o su compañero la han robado. El no la tiene encima. Debe poseerla usted...

La mujer aparecía confundida, apenada. Alfredo la miró con ansiedad. ¡Era posible? ¡Oh, no!

Alfredo, emocionado, no considerando a pesar de la turbación de ella, responsable a Carlota, le dijo, con exquisita amabilidad:

—Carlota, ¿quiere usted permitir que la registren?

Ella le miró. Marco la envolvió también en una mirada furiosa.

—Sí; registrenme... — contestó.



Marco la envolvió también en una mirada furiosa.

Alejóse sordidamente Marco, y unas mujeres se dirigieron con Carlota detrás de un biombo para proceder al registro.

Volvieron instantes después. Nada, abso-

lutamente nada... Carlota era inocente. Una inmensa alegría que desvanecía ya todas las dudas anteriores, se apoderó de Alfredo.

Viendo su actitud, Nadia se acercó a él y quitándose el anillo de prometida, se lo devolvió diciendo:

—Parece que esté destinada a perder esta noche todas mis joyas.

Y mirándole altivamente se alejó con su madre y con Percell.

Marco, entretanto, se había dirigido a la calle y le decía a un gondoleto, cómplice suyo:

—Carlota ha consentido en que la registrasen. Es la última vez que esa pícara me hace traición. Aguárdame aquí...

Y como viera luego que Carlota marchaba en una góndola con Alfredo Wilson, subió en la suya y fué en su persecución.

Alfredo, convencido de la inocencia de su compañera, se dirigió a su casa. Entraron en el salón-biblioteca,

El parecía conmovido, comenzando a sentirse verdaderamente enamorado de aquella mujer.

Con su proceder había matado Nadia todo el amor. Y ahora el corazón de Alfredo latía por aquella criatura a la que él hubiera querido salvar. Mas a pesar de todo, una ligera sospecha arañaba aún en su alma. Y el collar, ¿quién lo tenía, pues?

—Carlota — le dijo —, ¿cuánto daría por que no defraudara la confianza que he puesto en usted!...

Ella, que sentía en su alma el deseo definitivo de la bondad y que sospechaba lo que ocurría en el corazón de su amigo, dijo:

—¿Usted cree que quien tiene el collar es un ladrón?

—Yo...

No supo qué decir. Adivinaba que iba a descubrir la incógnita.

Marco había llegado a la casa, y encaramándose por el edificio, escuchaba tras las rejas de una ventana, toda la conversación. Sospechaba que el collar estaba allí y quería robarlo.

—Si usted encuentra el collar en una persona, ¿creerá usted culpable a esa persona? — siguió diciendo Carlota.

El pareció adivinar. ¡Pobre mujer! ¡Había tenido que robar por culpa de Marco!

—¡No! — respondió, suavemente.

—Pues busque usted en sus bolsillos.

—¡En mis bolsillos?—murmuró él, asombrado.

Hizo lo que le indicaba y encontró en uno de ellos aquel magnífico collar de Nadia.

—¿Cómo está esto aquí? ¡Dios, yo me voy a volver loco!...

—Marco se lo robó a Nadia — explicó Carlota—, yo lo tomé prestado de él, y luego, antes de ser registrada, lo puse en su bolsillo...

—Oh, Carlota; ahora devolveremos el collar, y...

No pudo decir más. Abrióse la ventana y un hombre armado con un puñal lanzóse brutalmente contra Alfredo.

Era Marco, quien, ciego de rabia, se abalanzó contra el americano. Alfredo, desprevenido por la agresión, se vió perdido y empezó a correr por el salón.

—¡El collar! — rugió Marco.

Esgrimió en el aire el puñal. Iba a lanzarlo ya certeramente sobre la cabeza indefensa de Alfredo, cuando Carlota corrió a la pared y llevada de repentina inspiración,



—¡El collar!

hundió su puño en una de las losetas y Marco desapareció instantáneamente, sorbido por el agujero abierto en tierra por el resorte.

Escuchóse un rumor de agua, un hombre había caído al canal.

—Carlota — dijo Alfredo emocionado—, Usted me salvó la vida.

Miraron los dos por el agujero. Creyeron escuchar voces. Y Alfredo, asombrado de aquella trampa que no conocía, bajó inmediatamente al canal, y vió a unos "carabinieri" que, mandados por el sargento, procedían a detener a Marco.

Los policías que investigaban por los canales buscando a los ladrones del collar, habían cogido a Marco.

Alfredo entregó al sargento el collar diciéndole:

—Lleve este collar al Hotel Continental, donde tienen ofrecida una gratificación a quien lo devuelva.

—Ya sabía yo que si yo no encontraba el collar, no lo hallaría nadie — repuso el sargento.

Alfredo volvió a la casa. ¡Por fin, por fin! ¡Ya ella nada debía temer de Marco! ¡También él era libre! ¡Ya no dudaba de la honradez de Carlota!

Pero la muchacha, con gesto triste, le dijo:

—Estoy muy agradecida de todo lo que ha hecho usted por mí, pero es mejor que me vaya... Yo no puedo quedarme aquí.



—Estoy muy agradecida de todo lo que ha hecho usted por mí...

—¿Marcharte? No, te quiero... y acabarás de reformar tu vida siendo mi mujer.

—¡No, no!

Y viendo la ventana abierta, lanzóse tranquilamente al espacio, yendo a caer al canal. Pero Alfredo, ni corto ni perezoso, tiróse

también y pudo darla alcance. Nadaban velozmente los dos.

—Tú no te escapas, Carlota. Veinte brazadas más y nos hallamos en la Alcaidía para casarnos. ¿Quieres? Carlota, quiero acabar de regenerar tu alma.

Y ella, rendida de emoción, le besó con los labios mojados. Si, se casaría con Alfredo para acabar de dignificar su existencia.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante novela

LA LEGION EXTRANJERA

Por MILTON SILLS y VIOLA DANA

Es un film **FIRST NATIONAL**

Ahora de aparecer en la selecta Biblioteca
«Nuestro Corazón», la sentimental novela

La Primavera Reflorece

de Michel Neur

A fin de mes aparecerá el vigoroso asunto,
de Francisco-María BISTAGNE

EL SEÑOR FRANCISCO

